

# Casa quemada

ELIZABETH C. LARA

Mi casa se incendió,  
no fue un accidente,  
tuve diez años para decidir;  
nada merecía ser salvado.

A diario veía el mecanismo de las cosas:  
los trastes limpios se fueron acumulando,  
las cortinas blanquísimas hasta la palidez,  
nada nunca nadie nunca se movía.  
Las larvas fantasmales pudrían las manzanas.

Era siempre la misma estación:  
la tristeza vestida de rabia.  
El incendio se originó en mi habitación de infancia;  
avanzó naturalmente por toda la casa,  
las llamas lo consumieron todo:  
los veranos en la huerta,  
los cocidos de res de la abuela,  
la ropa hecha a mano,  
la ensalada navideña de la tía,  
la palabra familia  
se redujo a cenizas.

Es curioso cómo actúa el fuego en la memoria,  
lo que antes tenía valor, ahora no es,  
sino un montoncito gris  
temblosos ante cualquier aire.